

Agricultura urbana: un aporte a la rehabilitación integral

El artículo repasa los antecedentes históricos de la agricultura urbana, práctica a la cual en determinados momentos han recurrido diferentes Administraciones. Estas prácticas son un ejemplo de cómo actuar en una situación de crisis y de la potencialidad social que tiene la producción de alimentos en un contexto urbano. En países del Sur, han adquirido importancia como estrategia de desarrollo e incluido programas liderados por organismos internacionales. Los huertos urbanos, un modo de inserción de la naturaleza en la ciudad, colaboran en la eficiencia del metabolismo urbano y permiten que crezca la diversidad biológica. En un futuro marcado por la crisis energética y por el límite de la capacidad de carga del planeta, es urgente que nos replanteemos el modelo urbano.

«Los jardines comunitarios son un modelo para el diseño urbano de base comunitaria. Son microcosmos de la comunidad, contienen múltiples lecciones para el diseño de barrios y ciudades.»

Anne Whiston Spiri¹

Nerea Morán es arquitecta urbanista y miembro del colectivo Surcos Urbanos

La relación entre ciudad y campo es uno de los principales factores que definen las sociedades humanas. Desde sus inicios, la ciudad ha estado estrechamente relacionada con la agricultura. Los primeros asentamientos humanos sedentarios en el Neolítico aparecen ligados al desarrollo de la técnica agrícola y no se pueden entender los unos sin la otra. Esa fue la primera gran revolución urbana de la historia, desde entonces las cosas han cambiado mucho, la ciudad ha ido ocupando, degradando y distanciando al campo; los tiempos en los que los alimentos dependían de la producción local y de la disponibilidad estacional van quedando progresivamente atrás. El proceso de industrialización, la expansión de la urbanización del territorio, el

¹ A. Whiston Spiri, *This garden is a town*, Department of Landscape Architecture and Regional Planning, University of Pennsylvania, 1990.

transporte a larga distancia y los mercados globales han conseguido desgajar la estrecha relación entre ciudad y campo, lo cual ha provocado la fragmentación física y funcional del territorio. En palabras de José Manuel Naredo, el cambio de modelo del sistema urbano ha supuesto la implantación de un territorio-red metropolitano: «cambio que se produce desde un mar de ruralidad y naturaleza poco intervenida, que alberga algunos islotes urbanos unidos por un viario tenue y poco frecuentado, hacia un mar metropolitano, con islotes de ruralidad o naturaleza a proteger, unido por un viario mucho más marcado, denso y frecuentado.»²

Sin embargo, en un futuro marcado por la crisis energética y por el límite de capacidad de carga del planeta, es urgente replantear el modelo urbano. La ciudad debe considerarse desde una perspectiva sistémica, que atienda a los ciclos del metabolismo urbano, al contexto territorial y a los procesos culturales e identitarios de las sociedades que las habitan. Atender a estos procesos teniendo en cuenta las relaciones y sinergias que se producen entre ellos, parece el único modo de incidir de manera efectiva en una regeneración urbana ecológica, que debería ser la siguiente gran revolución urbana.

Apología de la agricultura urbana en tiempos de crisis

La historia de la ciudad occidental revela las circunstancias en las que se ha recurrido a la agricultura urbana y las funciones que ha cumplido en sus momentos de auge, y nos permite reflexionar sobre su aplicación en el contexto actual.

Huertos para pobres (poor gardens)

Durante la revolución industrial las ciudades crecen para albergar la emigración de trabajadores que llegan de las áreas rurales para trabajar en las nuevas fábricas. Paradójicamente para que la vida en los suburbios obreros sea tolerable se demuestra necesaria la incorporación de un reducto de la vida en el campo: los huertos. Huertos que aparecerán recurrentemente como herramientas fundamentales de las estrategias de subsistencia en momentos de crisis a lo largo de toda la historia de las ciudades.

En la ciudad industrial del siglo XIX y principios del XX, los huertos urbanos cumplen básicamente funciones de subsistencia, salud y estabilidad social y están concebidos para aliviar las condiciones de hacinamiento, insalubridad y falta de recursos en los barrios obreros.

² José Manuel Naredo (coord.), «Estudio sobre la ocupación del suelo por usos urbano-industriales aplicado a la Comunidad de Madrid» [accesible en <http://habitat.aq.upm.es/oscam/>], 2008.

La que se considera como primera asociación de hortelanos surge en 1864 en Leipzig y se creó para reclamar espacios de juego dentro de la ciudad, siguiendo las ideas del doctor D. G. M. Schreber, que fue el primero en llamar la atención sobre la necesidad de que los niños de las ciudades pudieran respirar aire fresco y hacer ejercicio. La asociación destinó una parte del primer terreno que obtuvo a la delimitación de parcelas de huerto para que las cuidaran los niños, sin embargo, pronto se hizo patente que el trabajo era demasiado duro para ellos y las familias pasaron a hacerse cargo de los cultivos. La iniciativa se extendió por otras ciudades y posteriormente se reconoció legalmente esta práctica y se reguló la obligatoriedad de destinar terrenos de las ciudades para este uso.

En Inglaterra las primeras leyes (Allotments Act, 1887 y 1908) concebidas para regular los huertos obligaban a la Iglesia y a las autoridades locales a proporcionar a los obreros terrenos para el cultivo: los llamados «huertos para pobres». Las compañías estatales de ferrocarril y las grandes fábricas de distintos países europeos captaron también las ventajas de ceder a sus empleados parcelas de terreno para el cultivo, al comprobar que mejoraban la moral de los trabajadores y contribuían a completar sus ingresos y a mejorar la calidad de los alimentos que consumían. Sin embargo, para evitar que los huertos proporcionaran una alternativa al trabajo asalariado, se implantaron distintas medidas como el control del tamaño, el tiempo de dedicación y la prohibición de la venta de la producción, que sólo podría destinarse al autoconsumo.

El contexto de Estados Unidos ofrece la misma coyuntura de precariedad social en la que se produce la aparición de los huertos para pobres allí. A raíz de la depresión económica de 1893, el alcalde de Detroit ofreció terrenos desocupados a los desempleados para que pudieran cultivar sus alimentos. Se denominó a estos terrenos *potato patches* (parcelas de patatas). Esta iniciativa se repitió en otras ciudades, como Buffalo, Minneapolis, Denver o Chicago. Se recurrió nuevamente a esta medida durante la Gran Depresión (1929-1935), periodo en el que se denominaron *relief gardens* (huertos de emergencia).

Huertos de guerra (war gardens)

A lo largo de la primera mitad del siglo XX la historia de los huertos urbanos está ligada a las grandes guerras, durante las que las ciudades tuvieron que adaptarse a la falta de medios e introducir en su seno procesos productivos para abastecerse de bienes de primera necesidad. En estos momentos la agricultura urbana es un medio de subsistencia y a la vez cumple una función patriótica, fomentando la colaboración de toda la sociedad en el mantenimiento de la economía de guerra.

La dificultad que planteaba importar alimentos debido a la inseguridad en el transporte a larga distancia provocó que el cultivo dentro de las ciudades y en los entornos próximos

fuera imprescindible para la subsistencia urbana. Contar con la producción local de alimentos permitía destinar los barcos y el ferrocarril al envío de alimentos, armas y municiones a las tropas.

Estas experiencias se ensayaron en el Reino Unido durante la primera guerra mundial y se duplicó el número de huertos urbanos en este periodo. Por otra parte, el Gobierno alemán aprobó diversos Decretos de Emergencia para preservar los huertos urbanos y evitar la subida de sus alquileres, pues proporcionaban comida y refugio a los ciudadanos.

En Estados Unidos, aunque los efectos directos de la guerra no se sentían con igual intensidad que en Europa, la agricultura urbana sirvió para priorizar el transporte de guerra y para enviar comida a los países aliados. El Gobierno federal impulsó tres programas: la campaña de Huertos para la Libertad (Liberty Gardens), las milicias de huertos escolares (US School Garden Army) y las milicias de mujeres (Woman's Land Army of America), a las que se unen 20.000 ciudadanas, en su mayor parte jóvenes de clase media con estudios, a las que se conocía como las *farmerettes* (agricultoras). Estas mujeres se trasladaron a los campos de cultivo, vivían en casas y tiendas de campaña, estaban organizadas en una estructura paramilitar, y aparte de las labores agrícolas en los campos realizaban actividades de formación y comunicación (que incluían la edición de un boletín, por ejemplo). Las milicias de mujeres demostraron su capacidad de autoorganizarse y sacar adelante las explotaciones, frente a las voces que consideraban que no serían capaces de hacer un trabajo tan arduo y que aceptaban la situación como excepcional, recordando que tenía cabida en la organización social del trabajo sólo hasta «que los chicos regresen». Las milicias de agricultoras contribuyeron al impulso final del movimiento de derechos de las mujeres, no en balde uno de los grupos y asociaciones de base que organizaban el programa era el Woman's Suffrage Party (Partido Sufragista); tras la guerra se lograría el derecho al voto finalmente en 1920.³

Hasta la segunda guerra mundial no se produce un esfuerzo inmenso en el cultivo urbano. Los Gobiernos crean comités específicos que desarrollan campañas de fomento de la agricultura urbana, como Dig for Victory (Cavad por la victoria) en Gran Bretaña y Victory Gardens (Huertos de la Victoria) en Estados Unidos. Con el fin de concienciar y educar a los ciudadanos en el cultivo de huertos de guerra se realizan boletines educativos, programas de radio y documentales formativos, en los que se explica cómo preparar los terrenos y cultivar, cómo alimentar a cerdos o gallinas con restos de la cocina, o las mejores recetas para aprovechar al máximos los alimentos... Se crean incluso personajes de dibujos animados (Potato Peter y Dr. Carrot en Reino Unido) y comics (Superman, o el pato Donald aparecen en ellos cultivando huertos urbanos) que animan a los niños a participar en las

³ R. Hayden-Smith, «Sisters of the Soil: The Work of the Woman's Land Army of America during World War I», University of California Santa Barbara, Department of History, en groups.ucanr.org/victorygrower/files/52140.ppt, 2008.

milicias de plantación. En Londres cualquier espacio libre dentro de las ciudades se aprovechaba para plantar: jardines particulares, terrenos deportivos, parques (Hyde Park contaba con una granja de cerdos), incluso los socavones que dejaban las bombas al caer (como ocurrió en el patio de la catedral de Westminster).

Tras la segunda guerra mundial las ciudades occidentales, en lugar de poner en valor estas experiencias que habían sido fundamentales para su subsistencia, inician una reconstrucción que no deja espacio para actividades productivas de este tipo. El modelo se basará de nuevo en el transporte a larga distancia de los alimentos.

Huertos comunitarios (community gardens)

Será en la década de los setenta cuando los jardines y huertos urbanos resurjan en Estados Unidos, en un contexto de crisis de la energía, recesión económica, desindustrialización y suburbanización, en el que se estaban produciendo procesos de degradación y abandono de espacios residenciales en el centro de las ciudades americanas, especialmente en los barrios de bajos recursos. Los huertos se utilizan como herramienta de apoyo comunitario, en relación a la calidad ambiental, la cohesión social y la educación. Son impulsados desde colectivos de base comunitaria y se conciben sobre las bases teóricas de la contracultura y el ecologismo.

La Green Guerrilla, una de las iniciativas más potentes en este sentido nace en estos años en Nueva York. Sus primeras acciones fueron el “bombardeo” de solares abandonados, con bombas de semillas que lanzaban por encima de las vallas, con el fin de llamar la atención sobre estos espacios y embellecerlos mínimamente. El siguiente paso fue ocupar solares para cultivarlos, el primero de ellos, en Manhattan, fue desalojado rápidamente; el segundo intento, llamado Liz Christy Community Garden, también estuvo amenazado de desalojo pero, finalmente, la presión popular hizo que el Ayuntamiento cediese el terreno en alquiler y aún hoy puede visitarse. El éxito de este movimiento fue tal que el Ayuntamiento llegó a crear una Agencia Municipal que gestionaba la cesión de terrenos públicos para jardines y huertos comunitarios. En la actualidad, existen 700 jardines comunitarios en los diferentes distritos de la ciudad, y por todo el país numerosos grupos trabajan en una potente red a escala nacional de Asociaciones de Jardines Comunitarios (Community Garden Coalition). En ciudades como Filadelfia se han establecido redes de colaboración entre las asociaciones y el ámbito académico.⁴

⁴ La profesora Anne Whiston Spirn dirige desde 1987 en la Universidad de Pensilvania el West Philadelphia Landscape Project (WPLP), que integra el diseño del paisaje, el desarrollo comunitario y la gestión de aguas pluviales a través de un programa de investigación, formación universitaria y servicio a la comunidad.

También en Europa se desarrollan iniciativas similares en los años setenta. En Gran Bretaña el movimiento de Granjas Urbanas y Jardines Comunitarios (City Farms and Community Gardens) surge en estos años y desarrolla proyectos no solo de huertos sino también de cría de animales de granja y caballos en entornos urbanos, incorporando una fuerte carga de educación ambiental a través de actividades orientadas a los niños, como talleres o teatro.

Los retos de las ciudades contemporáneas obligan a integrar los proyectos de huertos urbanos dentro de un proceso general de rehabilitación urbana ecológica

Huertos urbanos del siglo XXI

La situación actual difiere. En países del Sur, la agricultura urbana ha adquirido una gran importancia como estrategia de desarrollo, con múltiples prácticas, programas e investigaciones en marcha, lideradas por organismos internacionales como la FAO⁵ de Naciones Unidas. Tenemos en estas prácticas un ejemplo de cómo actuar en una situación de crisis y de la potencialidad social que tiene la producción de alimentos en un contexto urbano.

El ejemplo paradigmático es el de Cuba, que en los años noventa, con la caída del bloque soviético, deja de contar con importaciones de alimentos y combustible. Si a mediados de los años ochenta más de la mitad del total de los alimentos consumidos en Cuba era importado, entre 1991 y 1995, durante el periodo especial, la disponibilidad de alimentos desciende un 60%. La reacción del Gobierno cubano consistió en desarrollar un sólido sistema de agricultura urbana y periurbana y en realizar un esfuerzo en innovación mediante la investigación en cultivos organopónicos, hidropónicos, intensivos, orgánicos... así como en la recuperación de variedades locales. En la ciudad de La Habana, los huertos populares son cultivados por grupos de horticultores en jardines, balcones, patios terrazas o solares cedidos por la comunidad, que proporcionan alimentos a los colegios y comedores de los barrios, y destinan el resto de la producción al autoconsumo y a la venta en mercadillos.⁶

En la actualidad en las ciudades occidentales la agricultura urbana cumple funciones principalmente de ocio y, en algunos casos, de creación de empleo. Desde su repunte en

⁵ Esta organización informa de que la agricultura urbana da de comer a 700 millones de residentes en ciudades, un cuarto de la población mundial [disponible en <http://www.fao.org/newsroom/es/news/2005/102877/index.html>]

⁶ M. González Novo y C. Murphy, *Agricultura urbana en la ciudad de la Habana: una respuesta popular a la crisis*, IDRC (Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo), 2000.

los años setenta los huertos urbanos han persistido a duras penas, y han llegado a considerarse un entretenimiento para jubilados o *hippies* o, en el mejor de los casos, un mero instrumento de inserción social. Sin embargo, su importancia histórica ha permitido su permanencia en la legislación y las normativas municipales en muchos países, y la estabilidad de las estructuras asociativas y las tradiciones han hecho posible que los huertos no desaparecieran del todo en los periodos de declive. Eso ha supuesto que en países como Alemania, en los años noventa se contabilizara una media de una parcela de huerto por cada 42 habitantes (en los distritos de la antigua República Democrática la media aumentaba a una parcela por cada 30 habitantes).⁷

Las preocupaciones sociales más recientes relacionadas con la alimentación o con la calidad ambiental dentro de las ciudades, han llevado a que crezca el interés de todo tipo de personas sobre estos espacios, y podemos afirmar que estamos asistiendo al resurgir de un movimiento.

Aportes de la agricultura a una rehabilitación urbana integral

Los retos de las ciudades contemporáneas obligan a integrar los proyectos de huertos urbanos dentro de un proceso general de rehabilitación urbana ecológica, como un elemento más de los que conforman la complejidad urbana, y no solo como excepciones exóticas o puntuales. Una rehabilitación urbana integral requiere que se atienda no sólo a los aspectos físicos relacionados con el metabolismo urbano, sino también a la dimensión social y cultural, contribuyendo a la mejora de la calidad de vida de sus ciudadanos. En este sentido la agricultura urbana puede ser una herramienta fundamental a la hora de generar procesos sinérgicos que impliquen múltiples variables ambientales, económicas, sociales y ecológicas.

La ciudad debe considerarse como elemento de un sistema territorial más amplio, que requiere distintas escalas de actuación y en el que se diferencian los usos y funciones en suelos urbanos, periurbanos, rurales y naturales. Esta lógica territorial obliga a aclarar la transición entre los distintos suelos, y a definir el papel que debe jugar la agricultura en cada uno de ellos, para reducir la presión urbanizadora global y regenerar los procesos territoriales.

Simplificando mucho, podríamos esbozar para cada una de estas tramas el sentido de la agricultura urbana dentro de una rehabilitación integral:

⁷ G. Groening, «Politics of Community Gardening in Germany», presentado en Annual Conference of The American Community Gardening Association (ACGA) «Branching Out: Linking Communities through Gardening», Montreal, septiembre, 1996 [www.cityfarmer.org/german99.html].

- En los cascos históricos, caracterizados por la alta densidad y la compacidad, el interés estaría en aumentar el número de espacios verdes, aprovechando solares y espacios libres residuales.
- En los polígonos de manzana abierta, los bloques y torres de vivienda se asientan habitualmente sobre espacios públicos de trazado confuso, además, a menudo la propiedad de las áreas libres no está clara, lo que genera problemas en su mantenimiento. La AU es una oportunidad de dotar de identidad a estos espacios y asegurar el cuidado de las áreas libres, implicando a los vecinos en su gestión.
- En las periferias más recientes, formadas por manzanas cerradas de grandes proporciones, con patios interiores de equipamientos privados, los espacios libres suelen presentar problemas de sobredimensionamiento y falta de identidad. Los proyectos de agricultura urbana pueden contribuir a una mayor apropiación y uso de estos espacios.
- Finalmente los límites urbanos se presentan a menudo desdibujados, con sectores vacíos rodeados de infraestructuras, suelos ruderales (terrenos de cultivo abandonados) en espera del desarrollo de la edificación. Se debería considerar la oportunidad de recuperarlos como cuñas verdes con distintos usos, priorizando la calidad agroecológica de los terrenos sobre la necesidad de un remate de carácter morfológico y estético al suelo urbano. Estos espacios periurbanos pueden resultar aptos para desarrollar actividades de agricultura comercial y para explotar su potencial de conexión con áreas no urbanizadas a una escala territorial.

Huertos urbanos y ciclos naturales

Los huertos colaboran en la eficiencia del metabolismo urbano y el incremento de la diversidad biológica pues son un modo de inserción de naturaleza en la ciudad: aumentan el número de áreas verdes y colaboran en el cierre de los ciclos naturales (agua, materia y energía), haciéndolos visibles.

Los ciclos naturales se evidencian en la misma evolución de los huertos, desde los momentos de siembra, crecimiento y cosecha, hasta la gestión de los residuos generados. En este sentido es habitual encontrar en los huertos calendarios de cultivos y espacios habilitados para compostar residuos de los hogares o de las propias plantaciones.

En el caso del ciclo del agua, el simple hecho de introducir terrenos permeables en el entorno urbano ayuda a la absorción y filtración a los acuíferos. Además, se puede mejorar la eficiencia del ciclo mediante las prácticas de recogida de pluviales para el riego, o la incorporación de elementos como canales o estanques. La agricultura urbana puede contribuir a la reducción de los consumos energéticos ligados a la producción, transporte y almacenaje de alimentos, potenciando las redes de distribución local.

En cuanto a la biodiversidad, la aportación es doble, por una parte pueden actuar como espacios de recuperación de variedades locales de cultivos adaptados al clima y al medio, cultivados con procedimientos ecológicos y tradicionales. Además, los espacios de cultivo generan pequeños hábitats naturales dentro de la ciudad, en los que habitan distintas especies de insectos, mariposas, pájaros...

La escala local es la más adecuada para acoger procesos de reapropiación del espacio y de creación de un paisaje urbano que responda a las necesidades e iniciativas de sus habitantes

A escala urbana, los huertos pueden formar parte de una red de corredores y nodos verdes, destinados a albergar usos recreativos, de movilidad y de inserción de procesos ecológicos territoriales en el medio urbano.

Huertos urbanos y ciudades a escala humana

En la gestión de los espacios naturales desde hace tiempo se llama la atención sobre la importancia de la gestión tradicional realizada por sus habitantes, que mediante un conocimiento adquirido a lo largo de la historia han sabido adaptar las funciones productivas a los ciclos naturales. Cuando se ha prohibido la actuación humana sobre ciertos ecosistemas, con el objetivo de protegerlos, el resultado ha sido su degradación, pues en realidad dicha actividad ya formaba parte de ellos y era necesaria para su preservación. Una preservación dinámica que entiende los procesos que conforman los paisajes naturales, y no se limita a considerarlos meros escenarios estáticos. En la ciudad ocurre algo similar, si no es capaz de acoger la acción de las personas que la habitan, estará perdiendo la complejidad que a lo largo del tiempo la ha caracterizado como espacio de encuentro y creatividad.

La escala local es la más adecuada para acoger procesos de reapropiación del espacio y de creación de un paisaje urbano que responda a las necesidades e iniciativas de sus habitantes. Mediante la participación en las decisiones sobre el entorno, y en su misma configuración, los ciudadanos dotan a los espacios de identidad, expresan la diversidad social y cultural y, por tanto, el desarrollo de sentimientos de reconocimiento, apropiación y responsabilidad hacia el entorno.

Los espacios públicos de nuestras ciudades están altamente reglamentados y a menudo ofrecen un aspecto homogéneo, que no depende del contexto físico y social concreto ni

atiende a las posibilidades que este ofrece. En especial las zonas verdes siguen respondiendo a funciones puramente estéticas y recreativas, que se deberían complementar con otras funciones ecológicas y sociales que respondan al momento de crisis ecológica y económica que estamos viviendo.

Los huertos, como hacen en general todas las zonas verdes, mejoran las condiciones de habitabilidad urbana. La presencia de vegetación y agua regula las condiciones de temperatura y humedad y genera microclimas urbanos con condiciones óptimas para la estancia. Así concebidos, son lugares inmejorables para la formación de la comunidad, en los que se producen momentos de encuentro y celebración diversos, y en cuyo cuidado se aportan los conocimientos de cada integrante, se recuperan saberes tradicionales (métodos de cultivo, de cocina, propiedades de las plantas...), y se convierten en espacios de encuentro intergeneracional.

Apuntes desde las experiencias, experiencias que apuntan hacia la sostenibilidad

Como hemos visto, las autoridades han ignorado y apoyado intermitentemente las iniciativas de agricultura urbana a lo largo de la historia. La presión de la sociedad civil es imprescindible para la supervivencia de huertos y jardines comunitarios, y lo sigue siendo hoy día para la creación de nuevos proyectos.

En la actualidad son numerosas las ciudades que están desarrollando programas de fomento de la agricultura urbana. Para ser realmente transformadores estos programas deberían integrar múltiples dimensiones como salud (seguridad alimentaria), empleo e inserción social (economía social), educación (formación e investigación), paisaje, medio ambiente...

Uno de los principales obstáculos que encuentra la agricultura urbana es que no esté reconocida en los usos del suelo ni en las ordenanzas municipales, por lo que no se puede asegurar la continuidad de los proyectos. El modelo de gestión también es un punto fundamental, siendo preferibles modelos de cogestión en los que las asociaciones de hortelanos se hacen cargo del mantenimiento diario, a los de huertos de ocio municipales, gestionados por la Administración y en los que los hortelanos son simples usuarios, con una alta rotación, listas de espera y poca capacidad de decisión sobre los espacios. En distintas ciudades se han creado agencias municipales específicas que han ayudado a superar la precariedad de los proyectos comunitarios, identificando y adquiriendo espacios vacantes, asegurando la calidad del suelo, financiando proyectos y proporcionando recursos y formación.

El fomento de la agricultura urbana en Londres

Londres tiene una larga tradición de huertos urbanos de alquiler (*allotments*), regulados por sucesivas legislaciones. En 2006 existían 737 en la ciudad,⁸ con un número variable de parcelas cada uno, los hortelanos forman asociaciones locales que se coordinan en la National Society of Allotment and Leisure Gardens. También existen unas 116 granjas urbanas y jardines comunitarios agrupados en la Federation of City Farms and Community Gardens, que se dedican desde los años setenta a la educación ambiental y que en los últimos años han diversificado sus funciones incluyendo la venta de verduras y hortalizas, carne, huevos, leche, queso o miel. La asociación Common Ground se dedica al cultivo de manzanas, uno de los productos tradicionales del país (cuenta con unas 2.000 especies autóctonas) y «a promover los pomares comunitarios, pequeños huertos de manzanas, generalmente orgánicos y gestionados localmente. En 2001 había un total de 15 de estos pomares en Londres, en torno a los cuales se organizaban todo tipo de actividades culturales y de ocio».⁹

El gobierno metropolitano (Greater London Authority, GLA) está desarrollando diversos programas en torno a la seguridad alimentaria, la biodiversidad y el modelo urbano que incluyen políticas de protección del suelo rural, fomento de la agricultura orgánica o fortalecimiento de las redes locales de distribución (mercados centrales, supermercados, mercadillos de venta directa, cooperativas y grupos de consumo...). Tanto en los documentos de planificación urbana (London Plan, 2008) como en los relacionados con la alimentación (London Food Strategy) se refleja la necesidad de proteger y aumentar los distintos tipos de cultivo urbano: huertos de alquiler, jardines y granjas comunitarias, huertos escolares...

Son numerosas las asociaciones que desarrollan campañas de fomento de la agricultura urbana. Entre las destinadas a la creación de nuevos espacios de cultivo destaca la campaña London 2012-Capital Growth, cuyo objetivo es la creación de nuevos huertos urbanos en esta ciudad, y que ofrecerá apoyo técnico y material, y labores de intermediación con los propietarios de suelo, para asegurar cesiones de al menos siete años; en una primera fase la campaña contó con una subvención de la Autoridad del Gran Londres (GLA). Por su parte la National Trust (Fundación Nacional para los Lugares de Interés Histórico o de Belleza Natural), mediante la campaña Grow Your Own, desarrollada en paralelo a la anterior, ha cedido 1.000 parcelas en 40 terrenos de su propiedad para la implantación de huertos urbanos y ha logrado la colaboración de distintos organismos que han cedido terrenos, materiales y asesoramiento técnico, como la Royal Horticultural Society.

⁸ Environment Committee, London Assembly, «A Lot to Lose: London's disappearing Allotments», Greater London Authority, octubre de 2006.

⁹ C. Verdaguer, «Planificación del desarrollo y preservación de los usos agrícolas en el Gran Londres (Gran Bretaña)», en M. Vázquez y C. Verdaguer (dirs.), *El espacio agrícola entre la ciudad y el campo*, Centro de Estudios Ambientales del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz y la Universidad Politécnica de Madrid, 2010 [accesible en <http://habitat.aq.upm.es/eacc/alondres.html>].

Otros programas se centran en la alimentación y en el consumo de productos locales, entre ellos se encuentra el programa Making Local Food Work, impulsado por diferentes asociaciones y cooperativas con fondos de la Big Lottery Fund; el programa subvenciona proyectos de cultivo de alimentos y apoya la creación de empresas sociales y cooperativas de cultivo y consumo, mercados ecológicos y otras iniciativas de venta de productos locales. Otra organización que trabaja en este sentido es Sustain (Alliance for better food and farming), formada por un centenar de asociaciones, fundaciones y otras entidades sin ánimo de lucro, que ha creado la página web City Harvest, base de datos con documentación y estudios de caso sobre agricultura urbana.

Por último, cabe destacar la existencia de iniciativas de autoempleo, como las cooperativas de productores Growing Communities y Green Adventure. La primera cuenta con dos espacios de cultivo agroecológico en parques del barrio de Hackney, en el norte de la ciudad, distribuye su producción mediante cestas semanales y organiza un mercadillo de productores locales. La segunda, en el barrio de Camberwell, tiene dos huertos comunitarios y desarrolla un proyecto de venta de la producción mediante cestas semanales.

Los programas de agricultura urbana en Rosario, Argentina

La ciudad de Rosario, en Argentina, es uno de los ejemplos más destacados de cómo se puede incorporar la agricultura en la planificación urbana y de cómo integrar la actividad agrícola local en los circuitos comerciales. Los programas y proyectos que se están desarrollando tienen su origen en la crisis argentina de 2001, durante la que parte de la población de Rosario recurre a la agricultura urbana para asegurar su subsistencia, de este modo se forma la Red de Huerteras y Huerteros, que se irá fortaleciendo a lo largo de los años, realizando ocupaciones de terrenos, negociando con las autoridades y definiendo el proceso con el apoyo de distintas instituciones.

El Programa de Agricultura Urbana del gobierno local ofrece recursos y capacitación a los hortelanos y relaciona el cultivo de huertos comunitarios con la mejora del espacio público y la calidad de vida, facilita el acceso a alimentos ecológicos y el desarrollo local. En la actualidad existen 640 huertas para consumo comunitario y 140 que comercializan sus productos en seis mercados semanales.

Con el proyecto de Agroindustrias Urbanas Sociales la municipalidad promueve la creación de empresas de gestión comunitaria para la producción y transformación de alimentos, asegurando la tenencia de los terrenos, la capacitación, el reparto de herramientas y semillas y la integración en circuitos de comercialización.

El proyecto de Parques Huerta para la regeneración de vacíos urbanos está gestionado por los vecinos bajo la supervisión de un equipo técnico municipal. Busca la revitalización del espacio público y la integración en el tejido urbano de usos productivos (cultivo ecológico de hortalizas, flores, aromáticas), educativos y recreativos (mejora del paisaje e incorporación de áreas de deporte y centros didácticos).

En el proyecto de Barrios Productivos, se desarrollaron prototipos de nuevos barrios que incluyen espacios de agricultura urbana. En él participaron el Programa de Agricultura Urbana, el Programa Rosario Hábitat del Servicio Público de la Vivienda (SPV) y el Centro de Estudios del Ambiente Humano de la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño de la Universidad Nacional de Rosario, con el apoyo de distintos organismos internacionales.